

propios para el poder de su gracia? ¿cuando él quiere no se arruinan los muros de Jericó al sonido de unas débiles trompetas? ¿qué nos importa el agradaros si no os mudamos? ¿de qué nos sirve ser elocuentes si vosotros permanecéis siempre pecadores? ¿qué fruto sacaremos de vuestras alabanzas si vosotros no le sacáis de nuestras instrucciones? Nuestra gloria consiste en establecer el reino de Dios en vuestros corazones; vuestras lágrimas solamente pueden elogiarnos mucho mejor que vuestros aplausos, y nosotros no queremos mas corona que á vosotros mismos y vuestra salud eterna. Amén.



SERMON

PARA

EL LUNES DE LA

PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE LA VERDAD DE OTRA VIDA ETERNA.

Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.

Estos irán á un eterno suplicio, y los justos á la vida eterna.

MATTH. 25. v. 46.

Ved aquí, católicos, en lo que vendrán á parar por último los deseos, las esperanzas, los consejos y las empresas de los hombres. Ved aquí, finalmente, el término de las vanas reflexiones de los sábios y de los entendimientos rebeldes, de las dudas é incertidumbres eternas de los incrédulos, de los vastos proyectos de los conquistadores, de los monumentos de la gloria humana, de los cuidados de la

TOM. III.—P. 21.

ambicion, de las distinciones de los talentos, de las inquietudes de la fortuna, de la prosperidad de los imperios y de todas las frívolas revoluciones de la tierra. Esta será la terrible solucion que nos manifestará por último los misterios de la Providencia en orden á los diversos destinos de los hijos de Adan, y que justificará su conducta en el gobierno del universo. Esta vida no es mas que un rápido instante y el principio de otra vida eterna; la suerte de todos los hombres se dividirá en unos tormentos que nunca se han de acabar, ó en las delicias de una felicidad inmortal, y nuestro destino ha de ser uno de estos dos extremos.

Con todo eso, la imágen de este grande espectáculo, que en otro tiempo fué suficiente para asustar la ferocidad de los tiranos, para hacer temblar la constancia de los filósofos, para turbar las delicias y el regalo de los césares, para domesticar á los pueblos mas bárbaros, para formar tantos mártires, para poblar los desiertos y sujetar todo el universo al yugo de la cruz; esta imágen tan terrible, hoy ya casi no está destinada mas que para asustar la timidez del pueblo sencillo; aquellos grandes objetos han venido á ser pinturas vulgares, que casi no nos atrevemos á exponer á la falsa delicadeza de los poderosos y de los sábios del mundo, y el fruto que regularmente sacamos de este género de discursos, es el que al salir de ellos pregunten si todo sucederá como lo hemos dicho.

Porque, católicos, vivimos en un tiempo en que ha naufragado la fe de muchos, en que una fatal filosofía, como un mortal veneno, se esparce ocultamente y pretende justificar las abominaciones y los vicios contra la fe de las penas y de las recompensas futuras. Esta plaga ha pasado de los palacios de los grandes hasta el pueblo, y en todas

partes se ofende á la piedad de los justos con conversaciones de irreligion y máximas de libertinaje.

Y á la verdad, católicos, no me admiro de que unos hombres disolutos duden de la eternidad y procuren combatir y debilitar una verdad tan propia para turbar sus pecaminosas delicias. Terrible cosa es el esperar una infelicidad eterna. El mundo no tiene placer que dure á vista de un pensamiento tan triste, y por eso ha procurado siempre borrarle del corazon y del espíritu de los hombres. Conoce muy bien que la fe de lo por venir es un freno que incomoda las pasiones humanas, y que nunca podrá conseguir el que los hombres disolutos estén sosegados y tranquilos, si antes no los hace incrédulos.

Quitemos, pues, católicos, á la corrupcion del corazon humano un apoyo tan débil y tan monstruoso. Hagamos ver á las almas disolutas que han de sobrevivir á sus desórdenes, que no todo muere con el cuerpo, que esta vida acabará sus delitos, pero no sus desgracias, y para mejor confundir la impiedad, impugnemos los vanos pretextos en que se funda.

Primeramente, nos dice el impío, ¿quién sabe si todo muere con nosotros? ¿es cierta la otra vida de que nos hablan? ¿quién ha vuelto de allá para decirnos lo que allí pasa?

En segundo lugar, ¿es compatible con la grandeza de Dios, dicen tambien, el abatirse á cuidar de lo que pasa entre los hombres? ¿Qué le importa el que unos gusanos de la tierra, como nosotros, se degüellen, se engañen, se despedacen, que vivan con placeres ó con templanza? ¿no es soberbia del hombre el creer que cuida de él un Dios tan grande?

Finalmente, añaden, ¿qué apariencia puede haber de que

habiendo Dios hecho nacer al hombre segun él es, castigue como delitos unas inclinaciones á los placeres que se hallan dentro de nosotros y que nos dió la naturaleza? Esta es toda la filosofía de las almas sensuales, la incertidumbre de la eternidad, la grandeza de un Dios á quien no puede ofender una vil criatura, y la flaqueza natural del hombre, á la que seria cosa indigna acusar de delito.

Manifestemos, pues, desde luego contra la incertidumbre de los impíos, que la verdad de la otra vida se justifica con las mas puras luces de la razon: en segundo lugar, contra la indigna idea que se forman de la grandeza de Dios, que esta verdad corresponde á su sabiduría y á su gloria; finalmente, contra el pretexto sacado de la flaqueza del hombre, que se justifica por el mismo juicio de su propia conciencia. La certidumbre de la otra vida, su necesidad y el dictámen interior de la conciencia que nos la persuade, serán el asunto de mi discurso.

¡Oh Dios mio! no mireis el ultraje que hacen á vuestra gloria las blasfemias de la impiedad. Considerad y ved solamente de lo que es capaz un entendimiento á quien no iluminais. Reconoced en los monstruosos extravíos del espíritu humano la severidad de vuestra justicia, cuando ésta le abandona, para que cuanto mas descubra yo aquí las insensatas blasfemias del impío, le tengais por mas digno de vuestra piedad y de las riquezas de vuestra misericordia.
Ave María.

PRIMERA PARTE.

Sin duda que es cosa terrible el haber de justificar en presencia de unos fieles la verdad de mayor consuelo que tiene la fe; el haber de probar á unos hombres á quienes se les ha anunciado á Jesucristo, que su ser no es un extravagante conjunto, ni un funesto efecto de la casualidad; que un Artífice sábio y omnipotente ha presidido á nuestra formacion y á nuestro nacimiento; que un soplo de inmortalidad anima nuestro barro; que una porcion de nosotros mismos nos ha de sobrevivir, y que nuestra alma al salir de esta casa terrestre, ha de volver al seno de Dios, de donde habia salido, y ha de ir á habitar la region eterna de los vivos, en donde á cada uno se le ha de dar segun sus obras.

Por esta verdad empezó San Pablo á anunciar la fe en el Areópago.¹ Nosotros somos la descendencia inmortal de Dios, decia á aquella asamblea de sábios, y el Señor ha establecido un dia para juzgar al universo. Por esta parte empezaron los hombres apostólicos á poner los primeros cimientos de la doctrina de la salud entre las naciones infieles y corrompidas. Pero nosotros, católicos, que llegamos al fin de los siglos, despues que la plenitud de las naciones ha entrado en la Iglesia, despues que todo el universo ha creído, despues que han sido aclarados todos los misterios, cumplidas todas las profecías, Jesucristo glorificado, abierto y franqueado el camino del cielo; nosotros que venimos al mundo en los últimos tiempos, cuando el dia del Señor está mucho mas cercano que cuando creye-

¹ Act. 17. v. 19. et 31.

ron nuestros padres; ¡ah! ¿cuál debe ser nuestro ministerio sino el preparar á los fieles para esta grande esperanza y enseñarlos á estar dispuestos para parecer ante Jesucristo, que está para venir, é impugnar todavía aquellas máximas monstruosas é insensatas que borró del universo la primera predicacion del Evangelio?

La falsa incertidumbre de la otra vida es el primer fundamento de la seguridad de las almas incrédulas. Nadie sabe lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan, suelen decir; ningun muerto nos lo ha venido á contar, y puede ser que todo se acabe con la muerte; gocemos de lo presente y dejemos al acaso lo porvenir, ó lo que no existe, ó á lo menos lo que no quisiéramos conocer.

Digo, pues, que esta incertidumbre es sospechosa, por razon del principio de que procede; es insensata por las razones en que se funda, y terrible por sus consecuencias. Estadme atentos.

Es sospechosa por razon del principio de que procede; porque, católicos, ¿cómo se ha formado en el espíritu del impío esta incertidumbre de lo porvenir? Para averiguar si una opinion se ha formado en la tierra por los intereses de la verdad ó por los de las pasiones, basta averiguar su origen.

El impío nació con los principios de religion natural comunes á todos los hombres; halló escrita en su corazón una ley que prohibia la violencia, la injusticia, la perfidia y todo cuanto él no quisiera padecer en sí mismo; la educacion fortificó estos dictámenes de la naturaleza; le enseñaron á conocer á un Dios, á amarle y á temerle; le enseñaron la virtud en los preceptos, se la hicieron amable con los ejemplos; y aunque halló en sí inclinaciones opuestas á la obligacion, cuando le sucedia dejarse arrastrar de ellas, su co-

razon se ponía en su interior de parte de la virtud contra su propia flaqueza.

De este modo empezó á vivir el impío en la tierra. Adoró con todos los demás hombres un Ser Supremo, respetó sus leyes, temió sus castigos y esperó sus promesas; ¿de qué proviene, pues, que ya no conoce á Dios, que los delitos le parezcan prohibiciones de la política humana, el infierno una preocupacion, la otra vida una quimera y el alma un aliento que perece con el cuerpo? ¿por qué grados ha llegado á estos conocimientos tan nuevos y extraordinarios? ¿por qué medios ha podido conseguir el deshacerse de sus antiguas preocupaciones, tan recibidas entre los hombres, tan conformes á los dictámenes de su corazón y á las luces de su entendimiento? ¿Las ha examinado? ¿ha consultado? ¿se ha valido de todas aquellas serias precauciones que pide el negocio mas importante de su vida? ¿se ha retirado del comercio de los hombres para dar mas lugar á las reflexiones y al estudio? ¿ha purificado su corazón temiendo que le engañasen las pasiones? ¿Qué cuidados no se necesitan para desvanecer las primeras ideas de que ha sido imbuida el alma desde el principio!

Escuchadlos, católicos, y admirad aquí la justicia de Dios para con los hombres corrompidos que entrega á la vanidad de sus discursos. A proporcion que se han ido desarreglando sus costumbres, les han ido pareciendo sospechosas las reglas; á proporcion que se ha ido entorpeciendo, ha procurado persuadirse que el hombre era semejante á la bestia; para hacerse impío ha cerrado todos los caminos que podian guiarle á la verdad, no mirando la religion como un negocio sério, no examinándola sino para deshonorarla con blasfemias y graciosidades sacrílegas; no ha llegado á ser impío sino procurando obstinarse contra los gri-

tos de su conciencia y entregándose á los mas infames deleites. Este es el camino por donde ha llegado á los conócimientos raros y sublimes de la incredulidad; estos son los grandes esfuerzos que ha hecho para llegar á descubrir una idea que todos los hombres hasta él habian ignorado ó desatado.

El desórden del corazon es la raiz de la incredulidad. Sí, católicos, enseñadme, si podeis, unos hombres prudentes, veraces, castos, arreglados, sóbrios, que no crean en Dios, que no esperen la eternidad, que tengan á los adulteros, á las abominaciones, á los incestos, por inclinaciones y juegos de una naturaleza inocente: si ha habido en el mundo algunos impíos que parecian prudentes y sóbrios, era ó porque ocultaban mejor sus desórdenes, para dar mas crédito á su impiedad, ó porque saciados de los deleites, habian llegado á esta falsa templanza. Los excesos fueron siempre la primera raiz de su irreligion. Ya estaba corrompido su corazon antes que naufragase su fe; tenían interés en creer que todo muere con el cuerpo antes de háberselo llegado á persuadir; y aunque el demasiado uso de los deleites pudo disgustarlos de la culpa, no pudo hacerles amable la virtud.

¡Oh qué consuelo, católicos, para nosotros que creemos, el saber que es preciso renunciar á las buenas costumbres, á la probidad, al pudor y á todos los pensamientos de humanidad, antes de renunciar á la fe y dejar de ser hombre para no ser cristiano!

Ved ya la incertidumbre del impío sospechosa en su principio. Pero en segundo lugar, es insensata por las razones en que se funda.

Porque, católicos, para abrazar el funesto partido de no creer cosa alguna, y vivir tranquilo en órden á todo lo que

nos dicen de la futura eternidad, se necesitan sin duda unas razones muy decisivas y convincentes. No es cosa natural que el hombre aventure un interés tan sério como es el de su eternidad, fundado en pruebas leves y frívolas; aun menos natural es el que en este asunto abandone el comun dictámen, la fe de sus padres, la religion de todos los siglos, el consentimiento de todos los pueblos, las preocupaciones de su educacion, si no se hallara como precisado por la evidencia de la verdad. Si el impío no está bien asegurado de que todo muere con el cuerpo, no hay cosa igual á su locura y extravagancia; ¿y podrá estar bien asegurado de esto? ¿cuáles son las poderosas razones que le han determinado á tomar este fatal partido? No sabemos, dice, lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. El justo muere como el impío, el hombre como la bestia, y ninguno vuelve de allá para decirnos cuál de los dos se engañó. Apurad aun mas, y os espantareis de ver la flaqueza de la incredulidad, los discursos vagos, las dudas despreciables, las incertidumbres eternas y las suposiciones quiméricas, que no serian suficientes para arriesgar la felicidad ó desgracia de uno de sus dias; y se atreve, fundado en ellas, á aventurar una eternidad toda entera.

Ved aquí las invencibles razones que opone el impío á la fe de todo el universo; ved aquí aquella evidencia que excede en su entendimiento á lo mas evidente y mejor fundado que hay en la tierra. No sabemos lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. ¡Oh hombre! abre aquí los ojos. Una sola duda basta para hacerte impío; ¿y no han de bastar todas las pruebas de la religion para hacerte fiel? ¿dudas si hay otra vida, y no obstante vives como si no la hubiese? ¿no tienes mas fundamento de tu opinion que tu